

# «BUENAS NOCHES, SABINA», DE VÍCTOR RUIZ IRIARTE



Francisco Piquer, Carmen de la Maza, Julia Martínez y Rafael Alonso

*Teatro Arlequin. Intérpretes: Julia Martínez, Rafael Alonso, Francisco Piquer, Carmen de la Maza, Fina Torres. Decorado: Jorge Cardells. Dirección: Víctor Ruiz Iriarte.*

Hace tiempo que Ruiz Iriarte no estrenaba. Ha vuelto ahora con una pieza que es fiel a la idea tantas veces expuesta por él de que el teatro es un juego. Alguna vez, presentando en la televisión otra pieza de Ruiz Iriarte, tuve yo que recordar que cuando Ruiz Iriarte habla de «juego» se refiere simultáneamente a las dos caras principales del término: la pura diversión expresiva y el funcionamiento de un mecanismo. Ambos semblantes se dan nítidamente en esta pieza, y se se dan, además, desde el primer momento.

Con dos hombres y dos mujeres en el escenario ya se sabe, poco más o menos, lo que puede ocurrir cuando se trata de una farsa. Las combinaciones personales son pocas. Pero, como en el ajedrez, los campeones saben mover las piezas de tal modo que el mate inminente a los ojos del lego no llega a ocurrir. Y el lego contempla asombrado la abrumadora cantidad de posibilidades que todavía existían en una situación donde él no veía más que un movimiento de peón o alfil para caer víctima del contrario en la segunda o tercera jugada. Es también lo que han hecho algunos compositores con «variaciones» sobre un tema creado por otro.

Ruiz Iriarte, con el material clásico de las infidelidades conyugales, despliega en «Buenas noches, Sabina» su inmensa sabiduría técnica, y el espectador se encuentra arrastrado por un funcionamiento humorístico del mecanismo que engendra situaciones francamente divertidas, a pesar de que no hay más que un matrimonio en el reparto (los otros dos, son dos personajes solteros).

El autor plantea, apenas se levanta el telón, un problema. Después deja que los personajes se enzarcen. El diálogo, ingenioso siempre, y una feliz interpretación por parte de los cinco actores —uno de los cuales no cumple tareas necesarias—, hace que el propósito de ofrecer al público una obra risueña, ágil y muy entretenida se cumpla sin aparente esfuerzo.

Pero, repentinamente, el autor se pone serio. Algo quiere decirnos que no figuraba en el programa. Y lo que viene, en efecto, a señalar es que hay un modo de vida donde la felicidad es tranquila, ordenada y, en cierta manera, aburrida, y de la

cual no se debe salir porque, la otra, la felicidad del sobresalto, la máxima intensidad y el derroche pasional, termina desastrosamente.

Este cambio de tonalidad acentúa con su final feliz la vertiente sentimental, que no deriva hacia la literatura rosa, sino hacia una estimación filosófica de la conducta humana y de la solidez institucional (no de las Cortes, sino del matrimonio). Tal cambio pone a prueba la capacidad de Julia Martínez y Rafael Alonso para saltar del humor a los sentimientos dramáticos. Después de haber hecho reír abundantemente a los espectadores, Alonso se transforma en un hombre sinceramente atribulado. Todo cambia. Y su esposa (Julia Martínez) le sigue en ese estilo. Todo acabará como el autor tiene previsto: acabará bien. Es una mutación perfecta.

Carmen de la Maza incorpora un papel de muchacha desenfadada, y lo hace

con pleno dominio de su papel. Francisco Piquer encarna un sujeto que donde pone el ojo pone la bala. No se le escapa una señora viva. Es un verdadero fenómeno.

Las risas muy frecuentes y los aplausos de muy sincera satisfacción llamaron a todos los miembros del reparto a saludar y al propio autor —y director—, mientras las cortinas se descorrían innumerables veces.

Hay razones para suponer que este «juego» va a tener muchas prórrogas en el Arlequin.—Adolfo PREGO.